

ora se trate de una personalidad viviente, ora de una grandeza fenecida.

Los años han pasado; y aquella bestia brava, que fué perseguida de garganta en garganta, de quiebra en quiebra, de bosque en bosque en las serranías de Guerrero hasta no guarecerse en las ondas del encrespado mar, se nos presenta ahora con figura humana y ¡cosa rara! grande, ilustre, inteligente.....

Recibámosla, pero..... pero grabemos en el testúz de esa bestia el *ecce-homo* triunfal de la reivindicación y la justicia.

Santa Fe de los Linderos, Noviembre 13 de 1889.

*José M. Santos Coy.*

## El Sr. Lic. Sebastián Lerdo de Tejada,

Salve oh tú, inmortal hombre!  
Blasfemaré quien diga que es tu nombre  
Perecedero.....

*Young, trad.*

### I.

¡Periódicos de luto!

Veamos.

¡Ah! El Sr. Lerdo de Tejada ha muerto en New-York.

¿Y por la muerte del Sr. Lerdo se raya á negro este periódico, ése prorrumpe en lastimeras jeremiadas y aquél se ahoga en románticos enternecimientos?

El uno fué el 76 extrabasada erupción, hediondo vómito contra el ilustre ciudadano; el otro perdió de tal manera el sentimiento del amor patrio por el torcedor de opuestos intereses, que llegó á sacrificar al Sr. Lerdo en caricatura grotesca á los piés del aventurero D-Carlos de Borbón; el otro pintaba al que es ho y insigne muerto como voráz y embrutecido Gargantúa: boca y dientes en perenne ejercicio de masticación y engullimiento; y los más de esos papeles mercenarios fueron enherbolados pasadores, con los cuales se quiso anona-

dar la fe, la honra, el corazón, la inteligencia y la vida de aquel prócer.

Pero bregaban por la libertad (?) y, al decir suyo, el Sr. Lerdo era un déspota que no quería gobernar el país más que por medio de *ukases y firmanes*.

*Sed stomachari desinamus.* Dejemos esas miserias en la zahurda de su procedencia; carecen de voz, de dignidad y de grandeza, porque no son ni fueron nunca más que emanaciones deletéreas exhaladas por el odio; descomunales exabruptos del africanismo de pasiones en efervescencia; juicios erróneos de milites platónicos que, desde las columnas de sus órganos de publicación, se erguían como apóstoles, como mártires y como reveladores, cuando no eran más que bullangueros de la orgía.

Dejemos esas miserias, repito; porque el país sí que ha trazado en su escoria rúbricas de maldición, después de doce años de angusta paz y de meditación tranquila.

## II.

Era el Sr. Lerdo de Tejada, un sér moral de compleción soberbia; nada había en él de mescolanzas híbridas, porque todo era armónico y congruente: su voluntad intrépida era digna de su genio excelso, y su saber profundo correspondía á su talento claro: su incontrastable fe, su patriotismo ardiente, su perseverancia osada y su noble espíritu de libertad contribuían con aquellas prendas á constituir un épico conjunto, un todo personal correspondiente en la más extensa plenitud de vida, una de esas raras prominencias, que honran los países y las épocas y que son como columnas miliarias, muy distantes una de otra, en las etapas de la gloria humana.

Tuvo amplias ocasiones de manifestación en trances

conflictivos de extraordinario apremio y de trascendentales consecuencias; y es indispensable reconocer que sus momentos de decisión y de valor, hechos coincidir con el instante supremo, con el acceso fugáz de las oportunidades heroicas, mediante el conocimiento intuitivo de la sazón histórica, le han valido á la República una formidable nombradía entre los tronos del mundo y son de aquellos que no pueden ser pagados, sino con una glorificación eterna.

Las ocasiones de la vida suelen precipitarse en tropel, arremolinándose á fuer de turba de fantasmas, como para dificultar la selección entre ellas, y aparecer por raras unidades en luengos intervalos de orto parsimonioso y tardío, como para desalentar la expectación febril de la esperanza. Pero el grande hombre, el de visión certera, el que siente en su alma la pulsación de una existencia nacional completa, el que profundiza, huronea y escudriña en las entrañas de las épocas y avizora el indagante ojo, hace una captación soberbia de ocasiones y vence con gloria, como Aníbal, ó muere con éxito, cual Cidro.

La casa de Austria: ese escaparate de coronas y de cetros resplandecientes, guarda su memoria en sus archivos imperiales de Schoemburn, y el Gobierno mexicano la consagra piadosamente, tributando al paladín de la "Reforma" elevada á pacto de Constitución honores póstumos de nacional estruendo.

Hay hombres extraordinarios y hombres grandes: los primeros suelen ser un anacronismo personificado, porque desenellan con ideas, con tendencias, con propósitos que no son de su época; son una anticipación ó una prolongación de funciones, según que se agiten en un medio de existencia futura, ó de naturaleza retrospectiva: los segundos pertenecen á su época en cuerpo

y alma; la dominan, porque la comprenden; la dirijen, porque la representan; su calor de vida es de una actualidad abrumadora, y todo su afán y todo su ahínco se concretan á la realización de una obra determinada, encarrilando los sucesos.

¡Grande hombre es el Sr. Lerdo de Tejada en grado heroico!

No hay nación en el mundo que no quisiera enorgullecerse de ser su patria: en Francia habría superado á Thiers y á Gambeta; en Alemania hubiera sido Bismarck; pero en Italia no se hubiese dignado descender á Crispi.

Mirad; daos cuenta. La situación era terriblemente angustiada; el águila emblemática moría: el estado de exfuerzo era de una tirantéz desesperante y la inminencia del peligro acobardaba á muchos corazones de temple.

Se cernía sobre la República una atmósfera impregnada de miasmas soporíferos, que imbuían, que inhalaban la flojedad en los ánimos y, si no era todo indecisión, no había bravura persistente, no había sacrificios propiciatorios más que en una infinitésima parte de los moradores del país: la dejación, el abandono, el odio, la indiferencia, el descuido y el desesperanzamiento respondían á las convocatorias apremiantes de la defensa nacional y ¡ay! no teníamos con qué hacer rostro á la colusión europea: México parecía fácil presa de los *boucaniers* y de los *gambucinos* de ultramar, y se contaba en las potencias trasatlánticas con un repartimiento.....

Mirad; daos cuenta.

La nación estaba moribunda; su vida se había gastado en la brega revolucionaria de medio siglo; carecía de fe común, de amor y de esperanza; porque el des-

trozamiento incesante de la riqueza individual había hecho nacer en el corazón de la familia el temor de la deshonra y de la muerte: de allí la infrecuencia del trabajo, la exigüidad del producto, el desaliento del alma, la trasmigración nómada de pueblo en pueblo, de desierto en desierto, de terruño en terruño. Nuestro ejército se componía de bandadas colecticias de guerreros lívidos, desmazalados, andrajosos, que cabían con holgura, hasta con dispersión, en los estrechos campamentos; y todo era tedio de la guerra, avidéz de reposo, cansancio de patriotismo y sentimiento del mal, del mal terrible, anonadante que se desplomaba sobre nosotros en presencia del cielo mudo y frío.

Jamás la invasión ha visto en país alguno un estado de mayor tormento y más angustia: jamás la razón del fuerte se ha creído más segura, ni la victoria más completa, ni la adjudicación más legítima.

La perspectiva habitual de nuestros ojos espantados eran la supresión de la nacionalidad y el expurgo violento de la raza: estábamos perdidos; el abismo de las demoliciones autonómicas nos arrastraba á su profunda sima con espeluznante succión de irresistible fuerza.

Pero el águila india de las tradiciones lacustres se refugió en los brazos de una dualidad tremenda de reciprocidad complementaria: ya me entendeis.

Allí el Sr. Lerdo de Tejada con su serenidad olímpica y la posesión rotunda de sí propio; allí él, inspirado, erecto, convencido; llena el alma de movimientos oceánicos y la mente con la obsesión tenáz, insaciable de la independencia patria, de la defensa heroica, de la ruina humeante, pero libre; allí él, con el semblante fúlgido, á la fuerza del fuego interior de sus convicciones entrañables.....

¿Quién puede describir aquellas situaciones dramáticas de mutismo sublime y de concentración maravillosa entre aquellos dos hombres, que nacieron para la lucha, para el esfuerzo, para el denuedo, para sucederse y para ser, el uno en pos del otro, coronamientos de diversas épocas?

La mirada relampaguea, el ademán rebosa en trágica energía; la palabra vibra como bronceo cable herido por el rayo.....

¡Al desierto! exclaman; y comienza la épica peregrinación de la historia contemporánea, que sería un cuento de vestiglos, si no fuese una hazaña de adalides.

Allí también el Sr. Lerdo en su papel de protagonista *in partibus* del drama.

Pero ¡qué drama! señores.

Coged la pluma generatriz de los maestros en el arte; apropiaos la inspiración de los poetas de dicción más bella, de más randa, de más exuberante fantasía, de talento más creador y más excelso y escribid esa odisea divina en que deben descollar á una el genio, el honor y la esperanza.

¡Qué drama! sí; hasta el desierto es enemigo con sus falaces espejismos y con sus pampas solitarias.

Quedaba atrás el inmenso país de la República; pero allí estaba ubicuo el *non plus ultra* de las columnas de Hércules.

¡Paso del Norte!

Más allá no: la peregrinación sería una fuga.

E hizo allí mansión de relámpagos y rayos aquella dualidad tremenda de reciprocidad complementaria.

Caen, que no llegan, noticias sobre noticias de desastres, las nuevas de infortunio se suceden en concatenación no interrumpida; y para colmo de desgracias, despuntan vislumbres de escisión en el partido liberal, que

era el que se había echado á cuestras la ponderosa carga de la reconquista.

Atended; daos cuenta de esa situación insostenible.

Se necesitaba el alma de Pelayo huyendo al riñón orográfico de Asturias, para organizar la pelea de reivindicación contra extraños y traidores, entre las asperezas de salvajes soledades y ante el cruel abandono de la suerte.

Pero nada fué parte á amedrentar el ánimo del Presidente Juárez ni de su egregio Ministro el Sr. Lerdo: forjados á temple diamantino, resistían la tormenta, y nuevas animaciones, nuevas esperanzas hervían con el mismo propósito en el foco de su perseverancia ígnea; de tal manera, que antes se causó la fortuna de agobiarlos, que ellos de arrostrarla impávidos.

Es preciso reconocer que las funciones del Sr. Lerdo de Tejada al lado del Presidente Juárez, no eran las de un auxiliar; eran las de un colega en ostensible participación de responsabilidades y labores: la solidaridad es manifiesta.

Ambos eran, como hemos dicho, una dualidad regente de reciprocidad complementaria.

Inteligenciados entre sí, el pensamiento del uno era el del otro, pero á la vez y sin condescendencias serviles: cualquier disenso desaparecía en aras del patriotismo y de la conveniencia pública: porque la obsesión suprema de aquellos varones insignes era la independencia patria á todo trance; aunque hubiese que levantar la Sierra Madre y dejarla caer á plomo sobre las ciudades invadidas.

Una voz, una mirada, un gesto eran relámpago de iluminación subitánea; y estaban tan interiorizados de la situación, poseían en tal grado de sensibilidad el pulso alborotado de la patria, que escenas de laconis m

espartano bastaban al desarrollo de sus propósitos gigantes: su mirada ardía; su voz estaba llena de inflexiones ultraterrestres y de patrióticos contagios; su grave y altivo continente era para restaurar la fe en los corazones más volubles: de ambos se desprendía una corriente eléctrica que volcanizaba el alma de los paladines de la guerra y conducía hálitos de vida á los cortijos dismantelados de nuestros padres.

¡Juárez!

¡Lerdo!

¡Salud!

Comenzó el gloriosísimo retorno: y aquí hay que exclamar con Víctor Hugo: "*no huye quien piensa volver!*" frase que parece pensada por el gran poeta para aquella situación y aquellos hombres: comenzó el gloriosísimo retorno.

El espíritu de libertad se anima; las falanges republicanas cobran un grosor extraordinario; los corazones, rejuvenecidos y alentados con la esperanza, rebotan dentro el pecho con pujantes bríos.

Santa Isabel, Santa Gertrudis, San Jacinto, Puebla se suceden como imágenes de gloria, en estereóscopos de cielo, y Querétaro cae.

La guerra ha terminado; pero no la labor de la República. Maximiliano está allí, y están con él la reyeidad de muchos siglos, el aire de familia con una raza soberana, el timbre de gloria de los Leopoldo, de los José, de los (1) María Teresa; la representación capital del partido retrógrado; el pretexto del imperio, el foco de afluencias de simpatía europeas, la esperanza

(1) Los? Sí, los no llamaron los húngaros nuestro rey á esa emperatriz angusta?

del rezarcimiento, el tronco feudal de la herencia, la osadía de la estirpe histórica, el dejo dulce del trono, la exigencia provocativa de un perdón respetuoso.

Querétaro ha caído; pero falta la gran batalla, la gran proeza, la lid heroica: es preciso, es indispensable que no haya quien se atreva á decir á los jefes de la República que saben vencer, pero no aprovecharse de la victoria.

Maximiliano está allí, terrible como una irrupción de bárbaros; [1] y mientras que él viva, faltará el coronamiento de la obra, faltará el punto etéreo de remate en la pirámide india, y no deben faltar en modo alguno: la pirámide necesita base y cúspide.

Son muchos aquellos que pueden determinar una generación de acontecimientos trascendentales: los poderosos de la tierra. Pero son pocos, muy pocos de entre ellos los que pueden adaptar sus resultados á una situación dada; porque son pocos, muy pocos los que tienen penetración visual ulterior.

Con todo: el mérito consiste en escoger con acierto el acontecimiento necesario, y más aún en dirigirlo; de modo que cumpla al fin propuesto y no huela en eficacia ni deje de alcanzar por deficiencia.

Gran mérito, en verdad!

Se necesita un cálculo infinito, una previsión infalible, un tino acertado y un poder de regulación espantoso: porque cada acontecimiento tiene cierta facultad prolífica, que es preciso neutralizar, contener ó restringir, según las circunstancias.

Había la necesidad ingente de consolidar en la República la paz derivada de Calpulalpan; la obligación

[1] Así llamó Machiavello á los Austriacos en sus votos por la liberación de Italia.

de aprovechar los triunfos de la patria en un acto de justicia decisivo; había que quitar á los creadores, á los adjudicatarios de imperios en la América hasta la ilusión de la esperanza; había que no volver á empezar; porque tal vez la nación no pudiese resistir más combates ni aguantar el País más merodeos; había el propósito entrañable, el deber humano de hacer un escarmiento costosísimo, que resonara en el orbe como un bramido del Vesubio.

— Pero ¿cómo?

Arrojando entre la invasión y la defensa la corona ensangrentada del Austriaco.

Fácil es decirlo; así fué hacerlo.

Pero el decidirse á ello con valentía de titán, mediante la intelección plena de la actualidad triunfante por la posteridad asegurada en el goce de su señorío autónomo, labor fué de extraordinaria brega, denuedo extremado de un carácter notable, opción acertadísima entre una multitud de variantes que se insinuaban con canto de sirena en el corazón de la República: obra fué del Sr. Lerdo de Tejada.

— ¡Gloria á él!

Esa obra se llevó á cabo sin crueldades y sin odio; con la razón dulcemente implacable de la libertad ofendida y después de soterrar el tropel de preocupaciones y fantasmas, que formaban en torno del Archiduque un muro de diamante.

En esa ocasión, más que en otra alguna de su vida pública, supo mostrarse el Sr. Lerdo de Tejada hombre de estado á inmensurable altura.

— ¡Ahora, ó nunca! exclamó, haciendo irrupción en la escena de vacilación tormentosa; y todos los enternecimientos cordiales, todas las promesas radiantes, todas las deprecaciones lacrimatorias, todas las generosidades

excitadas, todas las conmiseraciones rendidas y todas las preocupaciones ambientes sufrieron una flexión vigorosísima de parte de aquella alma forjada á temple antiguo en las tribulaciones de la patria.

— ¡Ahora, ó nunca!

— ¡Pues no; siempre!

Y el Archiduque fué á reunirse con sus antepasados en la tumba.

Era preciso.

El sacrificio de esa víctima estaba señalado como condición de éxito en la empresa de consolidación republicana: ésta es indispensable para el País; justo fué que la condición se cumpliera.

### III.

La paz difunde sus efluvios restauradores; los restos de vida se reintegran; renace el crecimiento, las heridas cicatrizan y todo parece entregarse al desarrollo de una floración ubérrima.

El Presidente Juárez paga á la naturaleza el tributo de la muerte, y le sucede el Sr. Lerdo de Tejada, desde luego por ministerio de la ley y después por selección y mayoría del voto.

Hombre de temple y de discurso, supo ser dueño de sí propio y autoridad suprema del País.

Hizo en la legislación constitutiva interpolaciones de trascendental importancia y llevó á cabo con ánimo impertérrito en la esfera de la "Reforma" providencias represivas de sumidad ingente; y eso fué con tan incontrastable firmeza y con tan sabia resolución, que holgaron por ineficacia los espasmos de ira y sentimiento en que se retorcean los enemigos jurados del liberalismo.

Su servicio de gobierno fué una actuación asidua en

el sentido de establecer como un principio que la mejor utilidad pública consiste en el cumplimiento de la ley. Fuerte, animoso, veterano; fué un muro de resistencias y un foco de iniciativas, á las cuales la pureza de sus antecedentes y la vastedad de su conciencia histórica investían con cierta autoridad ejecutiva y rodeaban de cierta aura prestigiosa, que eran principalísima parte en el brillo, en la energía, en la fuerza de sus operaciones de gobierno y en la obtención de su éxito asombroso.

Su partido era poderosísima falange en que brillaban los astros del genio, los próceres de la política, las autoridades de la ciencia, los paladines de la democracia, los escogidos de la popularidad, los órganos sonoros de la elocuencia parlamentaria, los peritos de la legislación, los héroes del ejército, los Cresos de la opulencia y las milicias de la literatura: partido fuerte, que ha perdurado con ulterior existencia, persistiendo en el tiempo y en el espacio, más que como obstinado sentimiento, como una prolongación de vida que hace honor á la fe, á la fidelidad, á la constancia de ciertos hombres superiores y á los reelevantes méritos del ciudadano insigne.

Pero el Sr. Lerdo de Tejada cayó la noche del 20 de Noviembre de 1876.

¿Por qué cayó?

Los que se echan á la husma de especiosas supercherías y de pueriles componendas; los que esperan á estar á solas para ser largamente agradecidos; los que no quieren darse cuenta de la fuerza generadora de los sucesos ni de la razón de los acontecimientos; los que fingen desconocer el alto mérito de proclamar la verdad ante los muertos y en presencia de los vivos; los ilusionistas de la tribuna; los que electrizan las asambleas

con la ocurrencia peregrina, con el artificio fatal, sarcásticamente exótico de pronunciar un veredicto sobre el cadáver de un hombre ilustre; los que creen equivocadamente que, apelando á la imputación habilidosa de defectos y de errores contra un rival ó contra un émulo, halagan el corazón gigante, el alma soberbia y magnánima del Sr. Gral. Díaz; los que hacen gala de enseñar una filosofía política acomodaticia, temporizadora y rezagada en la marcha progresiva del País; con la palabra balbuciente, el pié falso, el ojo entenebrado sostienen que el Sr. Lerdo de Tejada cayó del poder porque no dió pan al pueblo; porque no quiso permitir establecimientos ferroviarios y porque exageró la libertad hasta el grado de hacerla inalienable.

Los que tan singular criterio aplican al hecho de su derrocamiento estrepitoso, yerran tan lastimosamente como el poeta (1) que, en alabanza del conspicuo patricio, dice que ser débil fué su error y que tuvo (2) besos de Judas.

¡Débil el grande hombre, cuya vida, en las violencias de la trasmigración patriótica, en el auge de la fama, en los goces del poder y en las amarguras de un ostracismo crudelísimo estuvo exenta de flaquezas!

¡Débil el grande hombre, que sujetó los ímpetus de

(1) Don Vicente Daniel Llorente.

(2) ¿Los tuvo, ó los sufrió, caballero? porque no es lo mismo. Nosotros comprendemos lo que V. ha querido decir; pero es preciso que el poeta ahorre á sus lectores los esfuerzos de intelección adversativa en cuanto á conceptos propalados tan en mengua de la verdad, como de los antecedentes históricos. El Señor Lerdo de Tejada, diremos por sostener la perífrasis, recibió, sufrió besos de Judas, pero no los tuvo; y el genio del idioma no admite esos *quid-pro-quós*, que no basta á justificar ni el más violento *tour de force*.

su corazón y su cabeza, imponiéndose un silencio de muerte; que no tembló en las peripecias de una fatalidad extraña; que se venció á sí propio, soterrando á sus piés la balumba de malas pasiones, que han de haberlo asaltado para compelerlo al desahogo en desagravio de resentimientos y de ofensas!

La debilidad es incompatible con la honradéz; y el Sr. Lerdo de Tejada, antes, siempre y por todas maneras fué hombre honrado.

A la debilidad caracterizan la concesión, la deferencia y el otorgamiento, y la fuerza se conoce por el ataque, por la negación y por la iniciativa: la primera es un estado intercadente del ánimo, postración ingénita del alma; la segunda es erección perpetua de la voluntad, entereza de corazón, elevada conciencia de sí propio; la primera cede, la segunda resiste; aquella fluctúa y oscila, ésta se implanta y se arraiga.

Buscad en la vida del paladín de la "Reforma" elevada á pacto de Constitución; arrojaos á la rastra en seguimiento suyo; id con él á la cátedra, á la tribuna, al foro, al desierto, al solio presidencial, á las inextricables serranías de Guerrero, á New-York, y proclamad ante la faz del mundo que el nervio de la voluntad, el ardor del denuedo y la luz del genio, ó sea la fuerza en sus más fecundas y pomposas manifestaciones, son el sello peculiar de ese carácter grandemente histórico, eminentemente dramático y profundamente nacional, que ha centelleado en las alboradas de la República y reconstruido el cielo de la patria, sosteniéndolo en ocasiones solemnes como columna ciclópea, como estaláctita admirable de resistencia suma.

Proclamad que esa debilidad subversiva, que ese desaliento cobarde que le han atribuído tal cual poeta de improviso y tal cual orador de reservas domésticas,

han estado tan distantes de su corazón, como el globo terráqueo del astro-rey.

Mucho tiene que agradecer la República al héroe del 2 de Abril; porque desde su asunción del poder público hasta el haber promovido en el País un progreso incesante, que va siendo cada vez más vasto, más comprensivo y más notorio, han sido acontecimientos de mudanza y de triunfo en el *modus vivendi* nacional.

Bajo los auspicios de su política administrativa, hemos creado fuerzas nuevas; hemos llegado á una restauración aventajada en el orden de la vida y las riquezas y nos hemos restituido al goce de aquella noble estimación propia que, mediante el razonado aprecio de nuestro valer, nos precabe de caídas y ruindades, de efusiones sangrientas y de indecorosas subversiones.

Grande al estilo de Pedro de Rusia, de Moctezuma I. y de Netzahualcóyotl, el Sr. Gral. Díaz ha imbuido en el alma de la República un presentimiento de destinos superiores; ha remediado el desbarajuste ocasionado por la puja feróz de las facciones; ha comunicado movimiento y vida al foco amortecido de nuestras esperanzas; ha hecho de las aspiraciones vagas, informes, indecisas, tímidas en que apenas se atrevía á traslucirse la voluntad del pueblo, ostentosas realidades, que han deslumbrado á las multitudes suspirantes y vivificado con aliento de regeneración, con nueva carne el organismo de la patria: el Gral. Díaz es para ella una indemnización de perjuicios correspondiente, aunque personalísima, después de las palinodias resonantes de Tuxtepec el de los absurdos, de Tuxtepec el de los imposibles, así como después de la eliminación subitánea y del fiasco tragi-cómico de Diciembre, el de los golillas ambiciosos y los trovadores visionarios, que so-

ñaban en voz alta con trasmigrar de aduana traginera á palacio de techumbre aérea, para vibrar sobre el País sus rimbombantes ditirambos, como desde trípode nubosa, rodeados de prestigios y misterios.

Sí; el Sr. Gral. Díaz es una magna indemnización: la patria se ufana de él, porque ha sabido continuar en sí mismo la serie de los grandes gobernantes con cierto ahinco férvido, con cierto afán ingente de redentor y de apóstol.

Su corazón está exento de los recelos de la envidia y de las sensiblerías del orgullo, que no toleran, sin mostrarse heridos, ningún elogio tributado á extraños; y es porque, poseyendo el sentimiento de su dignidad y de su fuerza por artes de una autognosia concienzuda, halla gusto en mostrarse indulgente con sus rivales y apacible con sus émulos.

Lo hemos visto contendor del Presidente Juárez y del Presidente Lerdo; pero eso no autoriza á nadie á suponer que perdura en su corazón ningún fermento de disgusto contra aquellos varones esclarecidos; eso no autoriza á creer que le será grato escuchar cómo con avarienta parsimonia se les escatima las virtudes ni cómo con prolija redundancia se les atribuye faltas.

Por el contrario: él nos da el ejemplo con sus magnánimas aceptaciones y con sus patrióticos olvidos; porque es él quien ha organizado las soberbias apoteosis de Juárez y de Lerdo, gozando con asociarse al dolor público por la pérdida de tan renombrados patricios y con exhibirlos ante el orbe, cadáveres augustos, sin ceptro, sin corona, sin espada; pero abrumados de siempre vivas y laureles en el seno esplendente de la gloria.

Mal conoce, pues, al Presidente ilustre quien cree hacérsele acepto deprimiendo en su presencia á un muerto insigne: él no ha menester de esas secciones,

de esas quitas de personalidad ajena para erguirse con una grandeza formidable, ni para ser, como es, el orgullo y la esperanza siempre cumplida, siempre satisfecha y siempre renaciente de su patria.

Procedamos, entonces, con entera libertad de apreciación en orden al Sr. Lerdo de Tejada, y procedamos sin reservar para auditorios íntimos la más cordial efusión de nuestros sentimientos; porque, á diferencia de Don Francisco Bulnes, no tenemos motivos de gratitud particular respecto del conspícuo difunto.

¡Ea! Fué un grande hombre el refugiado de New-York.

## V.

Todo conspira á persuadirlo así. Macstro en el arte de la elocuencia, para ser de universal renombre, no le faltó el movimiento de las grandes pasiones, ni la amplitud de la escena, ni la grandiosidad de los sucesos, ni el vuelo de la inspiración, ni el caleidoscopio de la fantasía: talla de personalidad política, condiciones de temperamento: todo había en él.

Solo le faltó que su patria no hubiese vegetado entre el vulgo de las naciones; que hubiese llamado más vivamente la atención del globo y no hubiese dado asco con el verminoso hormigüear de sus *coroneles* insurrectos, para conciliarse la publicidad europea y competir en excelsa nombradía con los Castelar y con los Thiers.

De esquisito gusto literario, poseía, en cierto modo, un alma de las letras: dominó el idioma por medio del sentimiento diluido en un lenguaje sin giros de artificio, que daba á sus discursos un aire de magestad tan acentuado, como una fuerte brisa saturada de emanaciones salinas.

Había en su locución parlamentaria un denuedo de circunstancias que rayaba en suprema valentía: su ade-

mán, su porte en la tribuna eran de señoril soltura y de caballeresco desenfado.

Sus triunfos fueron gloriosísimos: un cielo, que se deja caer sobre una tierra flamante y fachendosa, y la avasalla y pulveriza: un trueno, que ahoga entre las ondas sonoras de sus repercusiones estridentes el bisbiseo de rumorosa fontanela.

Combates de tal grandiosidad sostuvo el Sr. Lerdo en la tribuna, y fué el cielo vencedor y el trueno airado.

La patria entera le oía en sus magnificencias oratorias, porque, político profundo y avezado justador, supo despertar siempre un interés vivísimo y anonadar á sus más selectos contendores bajo las pléyades fulgentes de su elocuencia soberana.

Esa elocuencia fluía encauzada por una lógica severa, y después de esparcirse en mil zonas de luz, en mil juegos estelares, dejaba una impresión de bienestar y de calma, dulce y suave como la placidez de un encanto y como el sentimiento de la dicha.

Oradores así, son los que penetran más en el corazón humano, son los que lo dominan con más imperio y lo predisponen con éxito á la adicción y á la esperanza; porque los Fierabrás de la tribuna, los Dantón de ensordecedores estampidos y de aspecto de fiera admiran, deslumbran, arrebatan con el *rictus* violento de su fisonomía epiléptica, pero no inspiran sólidas ni profundas simpatías: en el fondo de la admiración y del arrebatamiento que producen hay una hez de inquietudes y de alarmas, que solo pueden ser justificadas por la vislumbre del peligro.

En política era más que un Argos, era un Argos-lince: su poder de visión tenía alcances ulteriores y abarcaba hasta las minimeces del detalle.

Blanco en varias ocasiones de los disparos de una

prensa innoble, indigna, procáz, que prostituída al amor convenenciero de los intereses personales, lo abrumaba á la continua de imprecaciones y sarcasmos, no llegó á descender al fango de aquellos desahogos ni elevó éstos hasta su conciencia; no llegó al prosaísmo de esa cólera bestial que hace del poderoso un energúmeno ni ofreció en aras de su dignidad ofendida el sacrificio de un precepto; porque, por mucho que se estimase á sí propio, no cayó en el babilónico orgullo de creer que valía más que las instituciones.

No tenía la adustéz gravemente cómica de los potentados de improviso, sino la noble circunspección de un funcionario de alto rango, y su tren no se diferenciaba del de un particular medianamente acomodado; porque carecía de apego á las exterioridades ostentosas.

No hacía sacrificios á la fama ni á la gloria; pero la una y la otra lo abrumaron con sus dones de resonancia y brillo.

Se comprende sin dificultad que un hombre de ese temple; orador sin rival, político experimentado y simpático á las multitudes, fuese muy apto para rodearse de un partido nacional inmenso.

¿Por qué cayó, pues, ese ilustre personaje en el 76, cuando no comenzaba aún el período de calidad para el cual había sido reelecto?

## VI

No incurriremos en la perogrullada de decir que el Sr. Lerdo cayó porque fuera derrocado del poder; pero tampoco buscaremos la causa de su caída en el no haber dado pan al pueblo hambriento ni en el haber exagerado la libertad hasta el grado de hacerla inalienable.

Hemos estado siempre muy lejos de llegar al miserable extremo del pauperismo inglés; aírada esfluge, pre-